

del bautisterio de San Juan « dignas de ser las puertas del paraíso », como decía Miguel Angel. Arruinado por sus magnificencias, Lorenzo se vió á punto de quebrar en 1490; y Florencia, queriendo salvarle, eligió diez y siete reformadores, quienes redujeron á la mitad el 3 por 100 que se pagaba por la deuda pública.

Una sola voz se levantó contra aquella omnipotencia de los Médicis y fué la del monge dominico de Ferrara, Gerónimo Savonarola, que se propuso devolver al clero la pureza de costumbres, al pueblo la libertad y á las letras y las artes el sentimiento religioso. Cuando se hallaba Lorenzo en el lecho de muerte le pidió que restituyera la libertad á Florencia, sin lo cual no le daría la absolución; mas Lorenzo se negó y entonces exclamó el monge : « Vendrá un hombre que invadirá la Italia en pocas semanas sin desenvainar la espada; pasará los montes como Ciro y las rocas y los fuertes caerán delante de él. »

Pedro II, hijo de Lorenzo, fué muy incapaz, se aisló de los plebeyos, vivió como un príncipe y excitó grandes odios con sus desórdenes. Formáronse entonces en la ciudad dos partidos, el de los jóvenes nobles (*arrabiati*) y el del pueblo (*frateschi*); ó amigos de los pobres. A la cabeza de los últimos se puso Savonarola. La licenciosa vida de Pedro confirmó al monge en su opinion de que la Italia iba á recibir un gran castigo, siendo él tambien uno de los que facilitaron las vias al conquistador : « ¡ Oh, Italia ! ¡ Oh, Roma ! decía Savonarola ; van á venir los bárbaros hambrientos como leones... y la mortandad será tan grande que los sepultureros gritarán por las calles : « ¿ Quién tiene muertos ? » Y uno entregará su padre y otro su hijo... ¡ Oh, Roma ! te repito que hagas penitencia, y vosotras tambien haced penitencia, Venecia y Milan !... »

El concilio de Basilea habia puesto fin al cisma de la Iglesia, y desde el año 1447 no tenia la cristiandad mas que un solo jefe, Nicolás V, hombre culto y protector de los sabios. La conjuración de Estéban Porcari (1453), que tuvo por objeto el restablecimiento del gobierno republicano en Roma y la toma de Constantinopla por los turcos, con-

tra los cuales predicó una cruzada en 1455, turbaron sobremanera su pontificado. Su sucesor el español Alfonso Borja, que fué papa con el nombre de Calisto III, abrió el camino de los honores á su familia destinada á una afrentosa celebridad. En 1458 pasó la tiara pontifical al ex-secretario del concilio de Basilea, Enéas Silvio Piccolomini, famoso con el nombre de Pio II. El papa Pablo II (1464-1471), fué entusiasta tambien de la cruzada, sostuvo á Scanderberg y armó á los persas contra los turcos ; pero con sus sucesores comienza en el papado un deplorable período. Por espacio de mas de medio siglo, los pontífices, muchos de ellos notables por su genio, olvidan los intereses de la cristiandad sin pensar en otra cosa que en su familia ó en los bienes temporales. Sabemos ya que Sixto IV (1471-1484) trabajó por hacer soberano á su sobrino : el débil Inocencio VIII (1484-1492) no tomó seguramente un camino mejor. Despues tuvo la Iglesia el dolor de ver en la cátedra de San Pedro á Alejandro VI, segundo papa de la familia Borgia ; su elección adoleció de una simonía culpable, y su pontificado fué un tejido de desórdenes, crueldades y perfidias. No carecia por cierto de habilidad y penetración, brillaba en el consejo, su destreza y habilidad eran maravillosas, y aunque se burlaba siempre de su palabra empeñada, justo es decir que la Italia de entonces estimaba muy poco la probidad y la buena fé, por lo que se hallaba á la altura de la sociedad contemporánea¹.

1. Maquiavelo en su libro del *Príncipe* habla así de Alejandro VI y da los siguientes consejos : « El papa Alejandro VI no hizo nunca otra cosa que engañar : no ha habido hombre mas persuasivo, que prometiera mas y cumpliera menos su palabra; y sin embargo, sus engaños le salieron siempre bien, porque sabia cómo se debe tratar á los hombres. No es necesario que un príncipe posea todas las cualidades que dejo señaladas ; pero sí debe parecer que las posee. Me atrevería á decir que seria peligroso tenerlas y ponerlas en práctica, en tanto que es muy útil parecer tenerlas. Debes parecer clemente, fiel, cortés, probo y religioso ; pero ante todo debes dominarte tan bien que sepas y puedas hacer cuando convenga, todo lo contrario... Si es preciso hacer mal se hace... La gente ve lo que pareces ser y casi nadie conoce lo que eres... Además, los menos no se atreven á contradecir á la multitud... En todas las acciones de los hombres y particularmente de los príncipes, contra los

El Estado romano era presa de una porcion de tiranuelos que le destrozaban con sus sangrientas rivalidades. No habia mas que guerras, asesinatos y envenenamientos. A las mismas puertas de Roma los Colonna y los Orsini se decian carceleros de los papas. A fuerza de astucia y crueldad logró Alejandro VI destruir ó subyugar á todos aquellos señores y nadie le secundó mejor que su hijo César Borgia que habia tomado por divisa : *Aut Cæsar, aut nihil*. De arrogante presencia, instruido y valiente, pero malvado y corrompido, aquel hombre capaz de cortar de un golpe la cabeza de un toro y de hacer creer cuanto queria con los hechizos de su palabra, no recurria mas que á la mentira, al puñal y al veneno. Meditaba detenidamente sus maldades, se tomaba el tiempo necesario y obraba en silencio, *secretissimo*, dice el florentino Maquiavelo, su secretario y panegirista : «Lo que no se ha podido hacer á las doce del dia, se hará por la tarde.» No reparaba en ningun crimen y contribuyó mas que nadie á que los escritores coetáneos aplicaran á Italia el sobrenombre de «la Venenosa» y sin embargo, no pudo recoger el fruto de sus obras. «Todo lo habia preparado y todo previsto, dice Maquiavelo, salvo que se veria á la muerte al mismo tiempo que moria su padre.» Con efecto, el padre y el hijo tomaron á la par un veneno que destinaban á un cardenal. Fué una traicion como las que él hacia. Encarcelado algun tiempo por D. Fernando el Católico, vivió despues como un aventurero hasta que le mataron en Navarra.

En el reino de Nápoles, la victoria de Troja (1462) afianzó la corona en las sienes de Fernando I; pero este príncipe

cuales no hay jueces, lo que se considera es el resultado. Un príncipe no debe cuidarse mas que de sostener su Estado. Todos los medios que para ello emplea se considerarán buenos y merecerán elogios, pues el vulgo se deja seducir por las apariencias, por el triunfo, y en este mundo todo es vulgo. Un príncipe de esta época que no es oportuno nombrar, añade prudentemente Maquiavelo al fin del cap. xviii y aludiendo á D. Fernando el Católico, no nos predica otra cosa que la paz y la buena fé; pero si hubiese observado siempre la una y la otra, habria perdido muchas veces su fama y sus Estados.» Tal era el código político y moral de Italia á fines del siglo xv.

no supo hacer mas que excitar los ódios en vez de borrar las huellas de las discordias civiles, como si se hubiera propuesto provocar otra revolucion. La dureza de su gobierno levantó contra él á sus barones, y Fernando engañándoles con promesas, les convidó á un festin de reconciliacion y estando á la mesa les mandó prender para degollarlos luego. No trataba mejor al pueblo que á los nobles. Fernando se atribuyó el monopolio del comercio de todo el reino, vendia los obispados y las abadías, hacia dinero de todo, sin emplear tan cuantiosos recursos en defensa del Estado; y así fué que los turcos se apoderaron de Otranto en 1480 y los venecianos de Galipoli y de Policastro en las costas de su reino, por los años de 1484. Con tal gobierno era inevitable una catástrofe.

A fines del siglo xv Italia era un pais civilizado, pero corrompido: las maravillas de las artes ocultaban mal una decadencia precoz, y el brillo de las letras no impedía que se notara la falta de caracteres. Las guerras solo se hacian ya con los condottieri, que se ingeniaban para derramar poca sangre á fin de ganar su dinero de la manera menos costosa. La pérdida de las virtudes militares es un signo fatal para todo pueblo. El que quiere vivir bien debe estar dispuesto á morir bien, y la Italia temblaba entonces delante de una espada, por lo cual habia apelado á la astucia, la perfidia y la mentira. Con el tósigo y el puñal resolvian cuestiones que en otros tiempos habrian resuelto con la espada. La diplomacia italiana era una escuela de crímenes. Finalmente, con plétora de riquezas y entregada á la anarquía, la Península era una fácil presa para un hombre atrevido. Carlos VIII se atrevió; pero antes de referir tales sucesos, tenemos que hablar de otros conquistadores que se acercaban tambien á aquellas tierras.